

Breves encuentros con mis VICTIMAS DE BULLYING



Durante su niñez, un periodista de “Sábado” recuerda haber maltratado psicológicamente a un grupo de compañeros de colegio. Fueron años de bromas de mal gusto, y una sensación de culpa que hoy le deja preguntas: “¿Por qué fui así en la sala de clases?”, “¿qué situaciones me conformaron como *bully*?”, “¿había maldad detrás de mis acciones?”. Después de 16 años de haber salido del colegio regresa a ellos para pedirles disculpas.

POR ARTURO GALARCE FOTO SERGIO ALFONSO LÓPEZ ILUSTRACIÓN FRANCISCO JAVIER OLEA

Todo comenzó con una pregunta. La que hizo mi editor, meses atrás, al interior de un café.

—¿Conoces algún periodista que haya hecho *bullying* en el colegio y quiera disculparse de sus víctimas?

Y tal vez debí quedarme callado. Guardarme la respuesta que salió de mi boca como quien tose.

—Yo —le dije.

No medí las consecuencias. Salí de esa reunión pensando en cómo sería verles las caras otra vez a mis compañeros. Revolver junto a ellos un pasado putrefacto que durante todos estos años he guardado bajo la alfombra.

Recordé, al instante, el rostro de Claudio y las bromas por el tamaño de su cabeza, en el apodo de Cabezón, en ese sobrenombre que habría bastado, sin necesidad de hacerle bromas a sus hermanas por el mismo asunto, a su padre y a su madre. Las bromas por su ropa, por saltar de algún modo, por correr, o por no ser tan diestro en el fútbol, el deporte que tanto le gustaba. Recordé la vez que lo elegimos presidente de curso a modo de broma o las risotadas reprimidas cada vez que lográbamos nuestro objetivo: que Claudio se enojara.

Recordé a Isabel y las bromas crueles sobre su estatura y peso, siempre indirectas, siempre soterradas. Los chistes vociferados casi en código para que no nos descubriera y las caricaturas bizarras que hacíamos para reírnos de ella, cebando, inconscientemente, esta sensación que ahora me carcome: no había compañera más bien intencionada que Isabel.

Recordé a Mario —cambié su nombre porque él prefirió no aparecer en este artículo—, alto, los ojos soñolientos, aunque quizá, con Mario, la cosa es distinta: de vez en cuando, distraído de algún trabajo, tarde a la noche, visito su perfil de Facebook, tratando de averiguar cómo va su vida, a la que, por supuesto, no tengo acceso: nunca me ha agregado como amigo y yo tampoco. Hablo por mí: tengo vergüenza. Desde que pisó la sala de clases, en tercero básico, me burlé de Mario por cada cosa que hizo. Por su forma para hablar, su timidez para disertar, sus dificultad para tocar la flauta y también la guitarra. Vergüenza de haberlo insultado. De haberlo denigrado ya de grande, sin ninguna intención más clara que intentar herirlo.

Pensé, con la pata de un elefante sobre el pecho, y esquivando durante semanas la publicación de este artículo, que no sería capaz de verlos.

Fórmula para un bully

—¿Por qué los molestas a todos?!

El rostro de Ricardo se desencajaba mientras me estrangulaba en el patio del liceo.

—¿Por qué los molestas a todos?!

Fue 1994 o 1995, con 10 u 11 años.

Ricardo no estaba en el foco de mis bromas. Sabía de su carácter y que podía reaccionar de ese modo. Por el contrario, y como sucede

en estos casos, me ensañé siempre con compañeros que me parecían más débiles que yo. Compañeros con defectos a la vista o personalidades retraídas. Mateas, mateos, afeminados, *frikis*, cabían dentro de esa lista. El objetivo era simple: hacer reír el resto.

Buscando una respuestas a mi comportamiento llego a la consulta de la psicóloga clínica, y especialista en psicoterapia reparatoria y derechos humanos, Guila Sosman. En sus columnas publicadas, Guila ha puesto el foco donde suele haber sombras: en los menores agresores, en los incitadores al *bullying*, tratando de alertar a los adultos a identificar un problema creciente. Según datos de la Superintendencia de Educación, en los últimos tres años las denuncias por *bullying* se incrementaron en 73 por ciento. El que más aumentó: el maltrato psicológico entre alumnos.

Guila saca una libreta. Hace preguntas. Brotan recuerdos. Son los años 90. Mi niñez mimada y sobre protegida. El rechazo de las mujeres. Los almuerzos familiares y el listado de discursos violentos justificando la dictadura. El talento de mi tío para hacer ruidos de chimpancé cuando un jugador colombiano o ecuatoriano tocaba la pelota. Los chistes sobre cualquier tipo de minoría. El menosprecio a mapuches, gays. El miedo a los primos que me perseguían para pellizcarme las tetas y burlarse de mi sobrepeso. Las amenazas de mis padres con enviarme a un internado si una vez más me citaban el apoderado en el colegio. Las burlas de mi mejor amigo cuando me caí de espalda en la ducha del baño y quedé semiinconsciente. Y ese llanto manipulador frente a la profesora jefe cada vez que me pedía la libreta (para citarme el apoderado), con su risa manchada de nicotina. Las risas del curso. Los retos. Las advertencias. El castigo en casa que nunca llegaba.

Guila Sosman toma notas. Ahora se detiene:

—El *bullying* fue tu estrategia —me dice, meneando el lápiz—. Tu única estrategia para sentirte bien, seguro, con cierto poder. Era tu atractivo. Tu gracia. No te iba muy bien en los estudios, no te sentías el niño lindo y entonces, claro, tu autoestima y tu autoimagen se basaban en la habilidad de ver los defectos del resto y hacer bromas con eso. Tenías

que ser así para sobrevivir. Porque de lo contrario, y lo sabías, se iban a burlar de ti.

¿Pero qué había detrás de eso? ¿Había maldad? ¿Puede un niño agredir psicológicamente a sus compañeros por una pulsión propia y perversa? Guila Sosman me responde:

—Era falta de empatía. Tampoco había alguien que te guiara en empatizar con el otro y sensibilizarte un poquito, porque la empatía se enseña. Los *bulleros* en general son *bulleros* por un contexto, una dinámica que hay en el colegio, con los papás, con la familia, por ciertos valores y una cultura que lo avala. En tu familia estaba esa cultura, mezclada con poca efectividad en la disciplina. No te ponían límites. Además, aunque te dijeran “oye, para de molestar”, al día siguiente se estaban riendo del gay de la cuadra o del inmigrante, o qué sé yo. Yo creo que los niños no son *bulleros* porque sí. Tú no naciste *bullero*.

“
Según la
Superintendencia
de Educación,
en los últimos
tres años las
denuncias por
bullying se
incrementaron
en 73 por ciento
”

Al día siguiente, el psicólogo clínico infantojuvenil de la Red Salud UC, y especialista en casos de menores *bulleados*, Alfonso Cox, me hace tomar asiento en su consulta. Hay juguetes y libros infantiles alrededor.

—¿Qué es lo que quieres conseguir con esto? —me pregunta—. ¿Por quién estás haciendo esto de pedir disculpas? ¿Es por tí o por ellos? Silencio largo.

—Lo hago por ambos, creo —le digo a Alfonso, confundido, tratando de no guiarme por el pisotón de culpa que siento en el estómago. ¿Estoy siendo un farsante? ¿Un narciso más? ¿Estoy siendo sincero?

—Lo que uno tiene que hacer con la culpa es reparar —me dice Alfonso, antes de advertirme—. Pero no desde el ego. Esto no se trata de cuán significativo eres tú para ellos. De si te odian o te quieren. Hay que ver en qué están ellos, y cómo esas experiencias quizá les provocaron problemas al salir del colegio, o sencillamente transformaron su personalidad. Pero no olvides que hay muchos factores que pueden hacer eso. Tú no eres responsable de lo que son ellos hoy.

El psicólogo hace una pausa y me pregunta.

—¿Cuándo te juntas con ellos?

—No lo sé aún.

—Mira, independiente de cómo te vaya, tienes que entender que a veces uno no tiene acceso a quiénes les ha hecho daño. Tienes que tenerlo claro: no siempre es posible pegar los pedazos del plato que se rompió.

Horas más tarde me armo de valor y llamo a Claudio, al que molestaba por su cabeza. Me acaba de pasar su número celular a través de Messenger. Cuando me contesta, aprieto los ojos e intento explicarme: “Hola, Claudio, tanto tiempo, oye, qué tal, mira, estoy haciendo un reportaje, un reportaje sobre el *bullying*, y yo me acuerdo que yo, al menos, no sé qué *pensái* tú, en realidad, quizá no fue tan así, pero creo que igual yo era un huevón pesado contigo, sobre todo en octavo, entonces quería saber si podíamos reunirnos, si tenías un tiempo, creo que es necesario igual disculparme”...

—Dale, ni un problema —me dice Claudio, con absoluta calma—. Cuenta connmigo.

Luego me aturde:

—Aunque igual no creo que me hicieran *bullying*.

Encuentro uno: Claudio

Somos niños. Octavo básico. Lo veo borroso: junto a un compañero comenzamos a cortar con una tijera lentamente los tirantes de la mochila de Claudio. Sabemos que está mal, pero nos reímos con cada milímetro en el que avanzamos sin que Claudio se percate. Hasta que los cortamos por completo. A veces, en mitad de la clase, se oían frases inconexas: “Cabezón cazuela”. “Cabezón caca”. “Cabezón

pata de gallo”. O sonidos deformados, imitando sus quejas ante las bromas o nuestro hostigamiento.

Después de cinco días hemos acordamos reunirnos con Claudio en la Plaza de Armas, cerca de su trabajo. Es extraño. Tengo la misma sensación que dos compañeros de *bullying* con los que conversé sobre este tema: hemos visto a Claudio desde que salimos del colegio en varias oportunidades y nunca hemos recordado estos episodios cuando está presente. Basta con recordarlos para que brote la culpa.

De pronto, aparece Claudio: 33 años, chaqueta de cuero, polera negra, project manager en una empresa y dueño de una pyme de estampados. Me estrecha la mano. Entramos a una schopería.

—Eso —me dice Claudio, dando un sorbo a su cerveza—. Como te decía en la llamada, no creo que lo que ustedes me hicieron fue *bullying*.

—¿En serio piensas eso?

—*Bullying* habría sido que me hubieran subido a un escenario en pelota y me derramaran sangre de toro, no sé. Igual estamos hablando de una época en la que tendrían que habernos violado para llevarnos al psicólogo. Yo nunca me tomé tan a pecho las cosas que ustedes me decían.

Cuando me lo dice, recuerdo una escena. Es segundo medio. Durante cinco o seis cuerdas, caminando desde el colegio hacia la avenida donde tomábamos la micro para nuestras respectivas casas, Claudio me fue dando golpes de puño en el hombro y patadas en las piernas. Mientras lo hacía me enrostraba los malos ratos que le había hecho pasar, las bromas, las ofensas. Ese mismo año, quizá antes de ese episodio, me dijo una frase que no he podido borrar: “Si me sigues hueveando me voy a conseguir una pistola para tí y para mí”.

—No me acuerdo de nada de eso —me dice Claudio, soltando una risotada de sorpresa—. Pero de ese año me espero cualquier cosa, porque estaba pasando una depresión horrible, que

no tenía que ver con el hueveo que ustedes podían hacer de mí. Era otra cosa. Estaba perdido. Pero claro, eran problemas que tampoco tenía con quién hablarlos. Alguna vez intenté conversarlo con dos compañeros y los huevones se rieron de mí todo el rato.

—Mi sensación —le respondo— es que me lo habías dicho con rabia. Lo tomé como una amenaza de muerte.

—Sí. Te creo. O sea, si dije eso, eso era.

—¿Por qué no respondías nuestras agresiones? ¿Por qué no te agarraste más a combos o nos insultaste como lo hacíamos nosotros?

—Porque nunca me gustó hacer daño —me dice Claudio, y un socavón se abre entre ambos vasos con cerveza—. Desde chico fui así. Me enseñaron así. Yo a veces intentaba sumarme cuando ustedes la agarraban con alguien, pero era algo que no me gustaba. Para mí no era válido lograr la aceptación haciendo reír al resto. Menos de ese modo.



“Me ensañé siempre con compañeros que me parecían más débiles que yo. Compañeros con defectos a la vista o personalidades retraídas”, reconoce el autor del artículo, quien en la foto aparece en su época escolar.

—Es extraño pedir disculpas por haber hecho algo en otro estado de madurez —le digo a Claudio, antes de recordar las palabras de Alberto Cox: soltar, reparar.

—De todas formas —le insisto—, creo que es necesario que me disculpe contigo.

—Dale, está bien. Por ahí yo no necesito perdonar a nadie —insiste Claudio, mirando hacia otro lado del bar—. Pero si las personas que me hicieron daño sienten la necesidad, las recibo.

Los vasos de schop están vacíos. Nos estrechamos la mano y nos despedimos. No nos prometemos ningún próximo encuentro.

Recibir o no al bully

Este es mi amigo Rodrigo, ex *bully*, al otro lado del teléfono. Años atrás, me cuenta, no tuvo los cojones para mirar por más de cinco segundos a una de sus víctimas, mucho menos para acercarse y pedirle disculpas.

Ocurrió cuando su novia de entonces lo invitó a una exposición de los estudiantes de la Facultad de Arte de la Universidad Católica. Una vez adentro, Rodrigo reparó en la obra de un Cristo al revés, o algún rupturismo de ese estilo, y se acercó para conocer al artista, rodeado de personas que alababan su trabajo. Cuando ya lo tuvo cerca, lo reconoció de inmediato: era el Ratón. Su “víctima” de *bullying* durante toda la media.

Por supuesto, esa versión del Ratón no era la que recordaba. Era otro. Una nueva persona, casi, en su momento de gloria. Hasta que de pronto, sus miradas se cruzaron. En ese instante, asegura mi amigo, el cuerpo de su ex compañero de curso se agarró por completo, retomando su forma escolar, el foco de bromas que ni siquiera tiene la valentía de reproducirme.

Rodrigo se acercó a su novia. Le dijo que la esperaría afuera. Se sentía responsable por arruinar la noche más estelar de la vida del ahora artista. También, y como todo ex *bullero*, se sintió como el gran estúpido que, con seguridad, fue.

—No me sentí con el derecho a traerle al presente una parte de su vida que él había dejado atrás —me dice—. Esperé una hora en la calle, lloviendo, a que la exposición se acabara.

En el patio del canal Mega el periodista José Antonio Neme cuenta haberse topado en algunas oportunidades con sus agresores escolares. Durante su niñez recibió las bromas de sus compañeros de curso del Colegio Alemán, que lo molestaban, según él, por su amaneramiento y el desinterés por el fútbol. Nunca pudo empatizar con ellos. Nunca tuvo, a la larga, ganas de verlos. Ni siquiera por accidente.



CARLA DANINEMANN

“Lo que uno tiene que hacer con la culpa es reparar. Pero no desde el ego”, dice el psicólogo clínico infantojuvenil de la Red Salud UC, y especialista en casos de menores bulleados, Alfonso Cox.



FELIPE VARGAS

“Los bulleros en general son bulleros por un contexto, una dinámica que hay en el colegio, con los papás, con la familia”, asegura la especialista en psicoterapia reparatoria y derechos humanos Guila Sosman.

y lo respetó. No sé qué le habría pasado a usted si lo hubieran enfrentado.

—Me enfrentaron, don Humberto —le respondo, pensando en Claudio, y la vez que me golpeó durante todo el trayecto hacia la micro.

—¿Y qué pasó con usted?

—Dejé de hacerle *bullying*.

—Ve, exactamente lo que yo le estoy diciendo. Ninguno de los dos niños es malo. Pero se tienen que encontrar en el respeto, donde incluso pueden hacerse amigos.

Con Mario, el flautista errático, jamás ocurrió. Solo recuerdo una noche, en un paseo a la playa, cuando me insultó durante largos minutos con los ojos llorosos tras varias horas de hostigamiento.

—Lo único que me preguntaba era: ¿por qué me agreden? —dice el periodista, sentado sobre una banca de cemento—. Uno empieza a buscar respuestas y las respuestas siempre van a terminar mermando tu autoestima. Por eso no tengo deseos de verlos. No tengo nada en común con ellos. No tengo una historia que quisiera recordar. Mis sentimientos hacia ellos son de absoluta indolencia. Es como si esa parte de mi vida no hubiera existido.

Le explico que precisamente mi intención es ver a mis compañeros y disculparme con ellos. Que ya lo hice con uno y que planeo todavía ver a Isabel y a Mario.

—Si eso me pasara, claro, te recibiría —me dice José Antonio Neme—. Ahora, que sea de mi interés y yo busque el encuentro, no. Claramente no. De hecho a mis compañeros les pedí que no me invitaran más a ninguna reunión, ni que escriban en mi muro de Facebook.

Días más tarde, al interior de su oficina, el biólogo, premio Nacional de Ciencias, y cofundador del Instituto de Formación Matriztica, Humberto Maturana, me cuenta su experiencia con el *bullying*. Al igual que Neme, él lo sufrió. Pero al revés, revirtió la situación enfrentando a su agresor.

—Yo no era muy fortachón y me iba a jugar con las niñas —me dice Humberto Maturana—. Por eso mis compañeros me trataban de mariquita. Entonces yo los enfrenté. Les dije: “No soy mariquita”, y me bajé los pantalones: “Soy hombre”, les dije, y me subí los pantalones. Después de eso tuve que pelear con el matón. Salimos del colegio. Escupimos en el suelo, nos sacamos la madre y a los puñetes. Cuando empezamos a pegarnos, el matón se detuvo. Se había completado el rito. Ese acto de entereza es lo que el otro encontró

Encuentro dos: Isabel

Hoy es lunes. Acabo de conseguir un número para contactar a Isabel. Estoy nervioso. Antes de llamarla hablo con un amigo. Le digo que no puedo hacerlo. Estoy podrido en culpa. Me dice que estas cosas no se piensan mucho: solo hazlo. Camino al interior de un café mientras marco y llamo.

—¿Aló, Isabel?
—¿Sí, quién habla?
—Hola. Soy Arturo. Tu excompañero.
—Ah, hola, ¿cómo te conseguiste este número?
—Larga historia. He estado tratando de ubicarte desde hace algunos días, no sé si has visto, pero te agregué a Facebook, de hecho...
—Sí, sí me di cuenta. Pero la verdad no tengo buenos recuerdos tuyos, Arturo.
—Chuta. Me imagino.

—Vi tus mensajes también y dije no, no lo quiero de amigo en Facebook. De hecho se lo comenté a una colega y le dije qué raro que me haya agregado este compañero, porque era súper pesado conmigo en el colegio.

Ahora Isabel me da un abrazo. Han pasado cuatro días desde esa conversación. Cuatro días desde que aceptó reunirse conmigo en Peralillo, el pueblo donde vive desde hace 10 años, y donde trabaja como profesora en una escuela rural. Después del abrazo me pide disculpas por el retraso: tres apoderados llegaron de sorpresa al final de la clase, preocupados por un caso de matonaje escolar colectivo, golpes y bromas en contra de un alumno. Caminamos hasta un café. Isabel me mira a los ojos.

—Hay algo raro en mis sentimientos hacia ti —me dice, revolviendo su copa de helado con la bombilla—. Tengo muy buenos recuerdos tuyos, pero hasta quinto básico. Prácticamente pasaba en tu casa. Estudiábamos juntos. Hasta que un día nos robamos una prueba con las chiquillas y tú nos acusaste. No me molestó que me hayas acusado. Me molestó que dijeras que yo te estaba comprando. Dijiste que yo te había pagado para que te quedaras callado. Y eso fue falso. Mis papás me dieron la fleta no por el robo, sino por lo que tú dijiste.

—¿Es verdad que hice eso? —le pregunto, sin saber dónde esconderme. Vine aquí para disculparme por el *bullying*, pero a estas alturas el monstruito que fui toma otros ribetes. Doy un trago a mi café.

Después de ese episodio, me explica Isabel, no quiso saber mucho más de mí. Entonces comenzó mi asedio, las bromas vociferantes en el patio del colegio.

—En más de alguna oportunidad me dolieron las cosas que me decías —me dice Isabel, despejando el pelo que cae sobre su mejilla izquierda—. Te reías de esto: de mi lunar, porque antes me salía un pelo que como puedes ver ya no tengo. Te reías de mí. Pasabas por el

lado, diciendo: “¡Como a las viejas a las que les salen los lunares con pelo!”. No lo decías dirigiéndote a mí, pero era evidente. En realidad nunca te burlabas directamente.

Estoy deshecho. He borrado de mi cabeza los episodios que Isabel me relata, pero no hay manera que sean falsos.

—Ahora, hay una broma que nunca entendí —me dice Isabel, tomando helado. Sé a dónde va—. En la gira de estudio, ustedes me gritaban algo del “mono de Wanderers”, o algo así. ¿Me podrías explicar qué era eso? Si me lo explicas ahora me río.

Siento que tengo un animal atorado en la garganta. Nunca había tenido esta sensación, de terror, de culpa, de vergüenza. Escuetamente lo explico.

—Encontrábamos que te parecías a un tipo, de la barra del Wanderers, un tipo vestido de loro, que a veces salía en televisión.

Hago una pausa. Le digo a Isabel que quiero disculparme. Eso. Que quiero disculparme y que por eso estoy acá.

—Mira —me contesta ella—. Antes que vieras conversé con un amigo y le pregunté qué opinaba sobre tu visita. Me dijo: si para él es importante, ¿por qué no?, ¿te influye en algo? No, le dije, yo voy a seguir viviendo igual. Mis recuerdos van a seguir igual. Nunca pensé en decirte que no. Te podría haber dicho que no podía, porque de todas formas este es tu problema. Tú crees que me hiciste un daño, pero es un daño que la verdad no considero. Para mí no fuiste importante. Si un amigo cercano me hubiera molestado, me habría dolido mucho más.

Antes de irnos, Isabel me lleva a un supermercado y me regala un queso. Me da un abrazo. Me dice que me disculpa, mientras caminamos por Peralillo. Antes de despedirnos me dice que sabe que tengo un hijo. Que lo vio en mi foto de perfil.

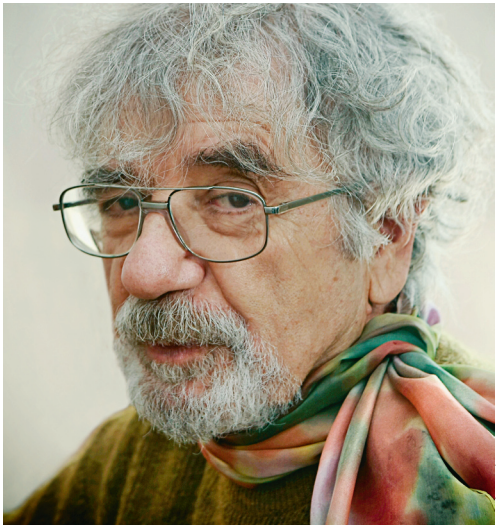
—Obviamente no creo que quieras que el chicoco haga lo que tú hiciste.

—Estás loca —le digo, y nos separamos.

Cuando me subo al auto, antes de regresar a Santiago, una notificación llega a mi celular. Miro la pantalla: “Isabel te ha enviado una solicitud de amistad”.

El desencuentro

Llevo varios días tratando de ubicar a Mario. Con el paso de los días los recuerdos de las torturas que le infligió se han acrecentado. Es el eslabón más duro de esta cadena de abusos y de miedo a ser abusado. Hago la lista: la vez que lo expulsé de una banda. Mi falta de diplomacia, enrostrándole su falta de talento con la guitarra y detalles de lo que a mi juicio componían su personalidad. Un ejercicio innecesario: lo inútil, lo aburrido, lo parco, lo deficiente, lo mal que todo eso me cae de ti. ¿Quién me creía? Hartados de mi comportamiento, incluso, un grupo de compañeros interrumpió un carrete para enjuiciarme por mis tratos a Mario: me pidieron que dejara



JOSE ALVUJAR

“Yo no era muy fortachón y me iba a jugar con las niñas. Por eso mis compañeros me trataban de mariquita. Entonces yo los enfrenté. Les dije: ‘no soy mariquita’, y me bajé los pantalones: ‘soy hombre’, les dije, y me subí los pantalones”, recuerda el biólogo Humberto Maturana.

de ser cómo era. Que me diera cuenta del daño que le estaba provocando. Que ni siquiera me burlaba de él para hacer reír a otros. Mientras lo hacían, yo me reí de ellos. Los llamábamos Los Flanders.

—A Mario lo molestaron siempre —me dice Luis al teléfono, desde Australia, un amigo en común—. Lo molestaron cuando era grande también. Imagínate. Yo fui amigo de él y ambos fuimos hueveados. Pero claro, yo creo que él se sentía más solo. Quizá por eso también coincidíamos. Como que uno va formando grupos entre los más débiles.

Soy un asco. Otro compañero, que prefiere mantener su nombre en reserva, también estuvo en el juicio.

—Es que eras duro con él. Le decías que no existía. Que era aburrido. Que no aportaba. A veces te acercabas a mí y me decías que te caía mal, pero no sabías por qué. Y la verdad es que toda esa situación le complicaba. Sentía que se apartaba de nosotros porque tú lo alejabas.

Desde el inicio de este reportaje he intentado por todas las vías comunicarme con Mario. Lo primero que hice fue agregarlo como amigo a Facebook y enviarle un saludo, superando la vergüenza

“
A veces uno no
tiene acceso a
quiénes les ha
hecho daño. Tienes
que tenerlo claro:
no siempre es
posible pegar los
pedazos del plato
que se rompió
”

le respondió. Fue un mensaje escueto. La única manifestación suya sobre mis intenciones de contactarlo:
“¿Después de 16 años quiere hablar conmigo? No me interesa”. S

que me daba hacerlo. Sin embargo, nunca me respondió.

Intenté también por Whatsapp, pero solo recibió el primero de mis mensajes. El que decía “Hola Mario”.

Tampoco contestó a mis llamadas telefónicas. Y ni siquiera le respondió a uno de sus mejores compañeros de colegio que intentó ponerme en contacto con él.

Y cuando quise escribirle una vez más por Facebook, recibí este mensaje: “Esta persona no está disponible en este momento”. Me di cuenta de que me había bloqueado. Que ya ni siquiera puedo ver su perfil, ver la tranquilidad que, pese a lo mal que lo traté, pudo hacer una vida normal y sentir la paz que eso conlleva. Y antes, varios días antes, me había bloqueado de Whatsapp.

Incómodo, tratando de conseguir un correo para transmitirle mis arrepentimientos, me comuniqué con otro de sus mejores compañeros del colegio. Al día siguiente me avisa que Mario le respondió. Fue un mensaje escueto. La única manifestación suya sobre mis intenciones de contactarlo:
“¿Después de 16 años quiere hablar conmigo? No me interesa”. S

PRE-VENTA EXCLUSIVA INVERSIONISTAS INMOBILIARIOS



En una inmejorable ubicación, rodeada de variedad oferta de servicios y comercios, con una infraestructura moderna y funcional:

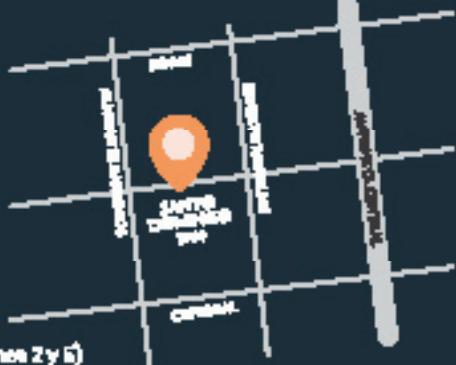
PROYECTO

CONEXIÓN DOWNTOWN

DEPARTAMENTOS ESTUDIO DESDE UF 1.190 CUOTAS PE ~~UF~~ \$90.000

TE AYUDAMOS A FINANCIAR PARTE DEL PIE*

Solicita tu propuesta de Inversión. Te asesoramos integralmente con beneficios estratégicos ofreciendo servicio de gestión de créditos hipotecarios, comestaje de Propiedades y administración de tu Inversión.



A PASOS DE  SANTA ANA (Línea 2 y 5)

COMUNÍCATE CON NOSOTROS

 (9) 4222 3493 • (9) 4240 4461 • (9) 8136 7872 • (9) 4240 8114

 contacto@inversionfacil.com

 www.inversionfacil.com



INVERSIÓN FÁCIL

ALCANZA TU LIBERTAD FINANCIERA

BY LEGANOS GROUP

*CONSULTA POR CONDICIONES COMERCIALES FAVORABLES PARA INVERSIONISTAS.

EL MERCURIO | 19